

*Este día - (Memoria)*

En el I centenario del nacimiento de Maragall

*(Sermeja mucho cosas en no hacer faltas)*

El sentido de superación en Maragall

Verdaderamente la reiterada celebración de los centenarios de figuras próceres, como la de Juan Maragall, ayuda a maravilla a la noble e irrenunciable función de encontrarse un pueblo a sí mismo, de certificarse en sus más señeras cotas, de las que es índice excelso el homenaje <sup>do)</sup> cataluña y España, en general, al celebrar al unísono este primer centenario de Maragall, gran escritor bilingüe, en ambas lenguas castellana y catalana, <sup>del nacimiento</sup> intentan rubricar todo el caudal de belleza, de espiritualidad y arquetipismo que irradian permanentemente de la noble figura de Maragall. Con esta acendrada aportación, la revista "Arbor" desea unirse a la jubilosa celebración del centenario maragalliano en España, y lo hace con toda la desvelada atención y devoto respeto que el nombre de Juan Maragall nos merece.

*##*

No sé si es un fenómeno general lo que me pasó en mi juventud, en cuanto al contacto con la obra poética de Juan Maragall. Ya había yo ultimado el Bachillerato, cursaba en la Universidad de Barcelona, y me había leído todo el opus poético de Verdaguer. Promediaba ya mis estudios universitarios, cuando frecuenté decididamente las páginas de la producción maragalliana, y he de manifestar que me costó algo hacerme al estilo de su poesía: echaba de menos toda la musicalidad, espontánea y fluida, de Mossen Verdaguer, la encontraba desigual, pues al lado de magníficos hallazgos asomaba <sup>algunas veces</sup> cierto ~~prosaísmo~~ o algún desaliño formal o alguna vacilación en el ritmo; también, de vez en cuando, cierto designio filosófico <sup>o doctrinal</sup> del autor dificultaba entonces en mí la pura emoción poética. En cambio, desde un principio me sentí fascinado por la prosa magnífica, alta y pura de concepción, cálida y transparente de expresividad, de sus Elogios y, en general, de todos sus artículos periodísticos. Recuerdo que leía esta bellísima prosa maragalliana en la recoleta paz de un jardín de San Gervasio, no lejos de la casa solariega de Maragall, en un umbroso jardín, oreado por los garbines en los atardeceres de verano. Ante aquel milagro de alteza de pensamiento, de pura ascua del espíritu, de belleza impar de expresión, me sentía subyugado, dulcemente solo con ansias de gustar una y otra vez aquellos panales del pensamiento maragalliano. De este modo el descubrimiento de la obra de Maragall fue como un crepusculo en mi vida espiritual, y he de confesar que su lectura reiterada puso en mi alma lo que <sup>esta</sup> poeta refiere de la música de Beethoven, que después de escucharla uno se siente más auténticamente humano.

De modo que para la adecuada perspectiva de la personalidad literaria de Maragall hay que tener en cuenta todas sus diversas vertientes: como poeta, como prosista, como crítico, como traductor, y luego referir todas estas facetas a su centro común, a la cruzaja donde se interfieren y de donde toman razón de vida e interés. O sea, el hombre, el sujeto humano que supo desplegar todas aquellas múltiples actividades e informarlas de un estilo, de un quid específico, que nos podrá abrir el arcano secreto del alma de Maragall.



En ningun modo se podría admitir la versión exegética, en demasía fácil y ligera, que la voz de Maragall, ora serena, ora cálida y tierna, el acento excelsamente espiritual de su prosa, sea la expresión del ambiente burgués, bien acomodado con su suerte, en que se movió el eximio escritor catalán. En ningun modo se podría admitir esto, sobre todo después de la publicación del Epistolari de Maragall(1), en el cual se nos revelan íntima y crudamente girones de su alma, avatares de su pensamiento, que difícilmente se encontrarían en sus otras obras; es más, que chocan abiertamente con ellas, con sus puntos de vista ideológicos que podrían considerarse como canónicos. Todo ello nos muestra como nuestro poeta tuvo que ejercer una verdadera ascesis en su formación sentimental e ideológica, que más o menos coercitivamente tuvo que aplicarse un proceso de depuración, de superación en sus más entrañables proyecciones del espíritu. Es muy probable, como veremos acto seguido, que su ambiente familiar, -profundamente religioso y tradicional-, el mismo clima de la redacción del Diario de Barcelona, ayudaron en mucho a lubricar, a hacer <sup>con</sup> espontánea esta obligada superación espiritual, y que más que crisis hubiera en el vivir maragalliano una constante ascensión hacia las cimas de un excelsior espiritualista.

Porque leyendo no sólo este Epistolari de Maragall sino fijándonos en las páginas autobiográficas de nuestro poeta(2), escritas casi sincrónicamente con las primeras cartas del Epistolari -años 1886 al 1890-, se nos presenta una imagen del joven Maragall, hacia la mitad de su vida, totalmente diverso de la figura noblemente patriarcal, francamente espiritualista y religiosa, con que todos lo evocamos. Allí aparece un joven intelectual tempranamente corroído por la duda, mordido por los sistemas filosóficos entonces a la moda: el idealismo panteista germánico, el ulterior positivismo; un alma trágicamente insatisfecha, olvidada de la dulce llamada de la religión, y proclive a la expresión sarcástica que no teme emplear palabra innobles y raheces. ¿Quién sospecharía

en el autor de aquellas desenfadas cartas, embebidas de un egoísmo positivista que se crispa ante los primeros chispazos de la lucha social, al futuro autor de los Elogios?

Ciertamente que Maragall nació en un ambiente burgués, que estudió la carrera de Leyes, que llegó a ejercerla, pero sus lecturas predilectas, las ansias de su espíritu rebasaban del todo aquellos hitos jurídicos; si él nos confiesa que informaba frecuentemente en la Audiencia (4), también nos dice que no le satisfacía aquel vivir forense. Su espíritu andaba por otros viales. Pero nos asusta que aquel joven <sup>abogado</sup> Barcelonés, en una carta de 10 de marzo de 1887, se nos aparezca como fervoroso del sistema <sup>fanático</sup> panteísta, y que pueda producirse, contestando a su íntimo amigo Antonio Roura, en tales términos: "He recibido tu última carta como refutando el panteísmo; dices que partiendo de él hombres y mujeres seríamos tan sólo órganos del hermafrodita universal, y único. Y bien, ¿y qué?. Antes dices todo aquello de que el yo se reconoce en sí, y para sí, contraponiéndose al universo entero. Dices que Ahrens afirmó esto, yo lo niego y estamos en paz" (5). Otras profesiones de panteísmo encontraríamos en el Maragall de aquella primera época; él se inclinaría a creer que todo lo exterior no es más que una simple proyección de nuestro ser intermo. Pero al lado de esta inclinación hacia una visión panteísta del mundo, hay también unas confesiones de un ~~egoísta~~ egoísta positivismo materialista, del todo irreligioso, para el cual no habría más problema que estrujar golosamente el azucarado racimo de la vida, y si ello no pudiera ser ya posible, no dudaría en poner fin a aquella vida desairada. He aquí cómo se descubre el joven Maragall ante su caro amigo Roura: "¿Por qué luchar? Me basta con la imaginación para pasar algunos buenos ratos que no deberé a nadie; cuando la imaginación se seque, procuraré aprovechar en favor de mi bienestar lo positivo que tenga a mano y no me cueste esfuerzo alguno. Si cuando ya no tenga ilusiones, el malestar arrecia, mi primer esfuerzo consistirá en probar de vencer al instinto de conservación. Per l'altra vita non mi turba pensier". La libertad humana no existe. El yo consiste solamente en la memoria" (6).

Con el mismo crudo e impío materialismo positivista se produce nuestro joven Maragall cuando su vida aburguesada se encuentra amenazada por los desmanes de la clase obrera soliviantada por los apóstoles del anarquismo; para él aquellos obreros, a modo de bárbaros o de esclavos, no tienen ningún derecho que pueda salvarles de que la autoridad, guardiana del orden público, los ametralle a mansalva: "...al "treballador", al barbre de la nostra época, al qué

vol capgirar l'ordre social, al que posa petardos i renega, i mira de reull al "senyor", al que vol disfrutar del que nosaltres disfrutem..... ; que l'afusellin, que el trinxin, que el fotin! "Se lamenta de que los desmanes de los huelguistas le priven de pasear a su antojo por la Rambla, acudir al Liceo, de frecuentar a su prometida; pues bien, a tales canallas; que los ametrallen y los barran! Se queja de que su novia "se deu estar ben tancadeta a casa seva, tremolant a los udols dels salvatges que fan d'aquells encontorns lo centre de llurs bestieses i em priven de veure-la i s'atreuen a torbar sa tranquilitat; ; los imbecils! ; canalles! (8)

De esta manera se cerraba el circuito de la juventud del poeta, dando bandazos entre una filosofía panteista, un fervor nietzcheniano, un aristocratismos entre olímpico y positivista, en suma, con unas fórmulas de un egoísmo materialista diametralmente opuestas a lo cristiano. No estaba solo Maragall: ~~esta~~ ~~posición~~ esta posición era la típica de gran parte de aquella juventud académica y dorada que alimentaba las tertulias del Ateneo Barcelonés, que gustaba de la brillantez espectacular de las noches del Liceo, y que más o menos morosamente se disponía a intervenir y desempeñar su papel en aquella mesocracia intelectual o mercantil catalana. ; Cuán lejos estaba este joven Maragall del futuro y auténtico Maragall; ; Cómo fue posible una tan difícil transformación?(9)

*Aún no dando un valor de plena autenticidad definitiva a muchas de las expresiones de su Epistolario, llenas de una desconfianza y rebelde pose.*

Al estudiar este interesante aspecto del Maragall auténtico hay que destacar que esta trabajosa evolución se hizo sin crisis trágicas, sin schocs, lo que no es negar que hubiera por parte del poeta una íntima lucha, una verdadera ascesis. Pero, al parecer, ello se hizo de un modo como providencial, por asimilación y captación de aquella alma, tan inquieta pero de tantos quilates, que se vio como transferida a otros ambientes, vinculada a otros mundos, que la fueron conquistando, ganando, captándola suave y amorosamente, quizá lentamente, pero con toda la seguridad y la verdad de lo natural. Fue una auténtica ascensión, una verdadera superación, pues en manera alguna podemos admitir ~~xxx~~-imperdonable agravio sería para nuestro poeta- suponer que en su nueva conducta sólo había una táctica sincretista de acomodación, una estrategia comodona de simulación, y que en el fondo perduró siempre el primer Maragall que afloraría por doquier en sus escritos jugando como al escondite con el segundo, del cual vendría a ser como la negación contradictoria. Como vemos, en modo alguno

*Así, por ejemplo, al primer Comde Arnau sucede, luego, una versión más espiritualizada, es más, en los últimos años de su vida confiesa encontrar en su autor favorito Goethe, las bases de una visión racionalista de la vida*

puede admitirse esta versión. Sólo cabe decir que, como quiera que hubo luchas que se impuso una cierta ascesis, a lo largo de la producción maragalliana hay como una certificación de ello, hay vestigios de las primeras tendencias del escritor, hay como señales de sus primeras posiciones, pero ya francamente batidas, superadas superabundantemente como por un embate de primavera, como por un oro vital, por las definitivas posiciones espiritualistas del auténtico Maragall. ↗

Creemos que este lento pero seguro viraje del espíritu de Maragall se debe principalmente a dos hechos: primeramente, a su entrada como redactor del Diario de Barcelona (~~entonces El Brusó~~), aquella fortaleza del seny catalán, del sentido netamente tradicional y constructivo de Cataluña; segundamente, la triunfal metamorfosis del joven Maragall se debe a su matrimonio con Clara Noble, dama que —como nos dice el poeta— fue su ángel tutelar, dio un nuevo tino a su alma y supo hacerla florecer maravillosamente, de cara al bello horizonte pairal y a los luminosos cielos mediterráneos.



La entrada de Maragall en la redacción del Diario de Barcelona fue considerada como un escándalo por sus compañeros de juventud y sus contertulios del Ateneo, por aquel puñado de esprits forts, más o menos tocados de intelectualismo. ¿Cómo podía concertarse el alma inquieta, del todo modernista y *así* ~~heterodoxa~~ *anárquica*, de Maragall con el Diario dirigido por Mañé y Flaquer, aquel viejo oráculo de las clases conservadoras catalanas? El mismo Maragall, en una de sus cartas a su amigo Roura (10), se defiende de los cargos que se le hacían por aquella inesperada adscripción, que por algunos podía interpretarse como una traición a su ideario, y es muy interesante esta carta porque su autor ya se nos confiesa que no está muy seguro de sus primeras ideas, que empieza a estar como de vuelta de las mismas. He aquí como se explica, disculpándose, nuestro escritor: "...pero ; es tan bonic viatjar per les regions de les idees, conèixer caràcters e institucions, haver-hi estat! Además, jo conec que estic ara en l'últim període de formació definitiva, i en aquest cas mai sobren elements si un te ànimo de combinarlos i pendre'n alló que se'n necessiti".

Desde luego que en el nuevo ambiente de la redacción del Diario de Barcelona, el alma, el estilo de Maragall fue lentamente modelándose en nuevos troqueles, tuvo que aceptar unos hechos, unas premisas, antes ni siquiera sospechados, por el joven estudiante golosos de ideas nuevas, por su espíritu

6

panteísticamente <sup>vitalista</sup> ~~anarquizante~~, fervoroso de Nietzsche. La influencia moderadora, sabiamente constructiva y vitalizante, de aquella recia redacción del Diario dirigida por Mañé y Flaquer, tuvo que influir lentamente ~~pero~~ pero poderosamente en Maragall y lo proyectó ante nuevos problemas patrios, sociales, religiosos y culturales, sacando de un modo definitivo al joven intelectual, antes anarquizante, de su torre de marfil y de sus egocentrismos. Le inculcó el sentido de una nueva responsabilidad de escritor, enfrentado a un público al que se debía como un maestro ante el discípulo. De esta manera fue perfilándose y acendrándose en Maragall la vertiente de escritor, de periodista, de crítico, <sup>o casi siempre</sup> siempre en un sentido de contención, de respeto, en suma, de superación. Ya atisbamos el horizonte espiritual de los futuros Elogios. Él mismo debía dar ejemplo de lo que publicamente decía: un replanteamiento de las bases sobre las que discutiría buena parte de la torturada sociedad de su tiempo, pero en un constante sentido de superación, de ascensión espiritual. <sup>Por encima de los sistemas ideológicos, de los partidos políticos, había que buscar el hombre, ya no el superhombre de Nietzsche sino el hombre cristiano.</sup>

Y porque Maragall tuvo que empezar aplicándose a sí mismo lo que escribía, le fue dado comprender, superar—en rigor, toda <sup>comprensión</sup> ~~superación~~ cordialmente humana es una auténtica superación— tanta cosa enferma, tanta deficiencia de su medio social, de Cataluña, de España, de aquella misma Barcelona, tan adorada pero con tantas chacras. Verdadero índice de esta evolución superadora de Maragall es que él, enamorado de Goethe, apasionado por Nietzsche, al cabo de pocos años de trabajar en el Diario de Barcelona, emprende, acuciado por su Director, Mañé y Flaquer, la traducción de las <sup>Personajes</sup> ~~Figuras~~ de Santos de Ernesto Hello, que ya nos revela otro horizonte del alma del poeta, ya nos descubre nuevos veneros por donde podía fluir su savia religiosa, entrando ya en él mismo con ~~xxx~~ velas tensas y desplegadas, no por la vía fría del yerto discurso, del raciocinio, sino por la vía cálida del sentimiento, de la intuición afectiva, del <sup>ejem</sup> ~~idealismo~~ idealismo modélico de lo religioso, de lo cristiano, sobre todas las otras vertientes de lo humano.

~~XXXX~~

Pero si mucha importancia pudo tener para Maragall aquel ingreso en la redacción del Diario de Barcelona, mucho mayor la tuvo, sin duda alguna, su matrimonio con Clara Noble, bendito por Dios so ~~dólo~~ sólo con fecunda cosecha de hijos sino por un remozamiento y fecundación especial de nuestro autor en los lumi-

nosos senderos de la poesía. Hay que subrayar que la <sup>gran</sup> actividad poética de Maragall, cronologicamente, va algo a la zaga de su actividad de periodista, y que, a fuer de profunda, su vena poética tardó algo más en iluminarse abiertamente a la luz del sol. Creemos no equivocarnos si decimos que los cordiales elogios que el barcelonés Juan Boscán dedica a su hogar, a su esposa, la cual sabe convertir en luz las tinieblas que hubiera en su alma, podía suscribirlos plenamente nuestro Juan Maragall. Alma predominantemente afectiva, sentimental, en cuya fronda de inclinaciones y afectos no acertaron a poner orden y sentido sus lecturas filosóficas, en verdad, supo serenarse, como noche de luna equinoccial, a los santos y serénísimos efluvios del nuevo hogar construido en la ciudad condal, sobre todo en aquel recoleto nido situado en las alturas de San Gervasio — la actual Casa Maragall —, en medio de un barrio tan bello como sedante de paz, y asomado a magníficos horizontes sobre la ciudad de Barcelona a los pies, el cerúleo, más distante, mar latino, y, por detrás con la magnífica curva de la sierra del Tibidabo y Vallvidrera.

No sabríamos ponderar adecuadamente todo lo que era y suponía entonces un hogar tradicional, rezumando las viejas y santas costumbres, embebido de estos aromas ~~parales~~ <sup>parales</sup>, hogares que era frecuente encontrar precisamente en aquellos antiguos pueblos, florecidos en los mismos alrededores de Barcelona, como eran Sarriá y San Gervasio. Allí, en aquel hogar feliz y modélico, se va perfilando el auténtico y definitivo Maragall, diríamos que la mariposa salió ya de su crisálida: la vida, de la que él el antiguo nietzscheano — era tan apasionado adorador, pero la vida cristiana, triunfa decididamente sobre las lecturas y los antiguos autores de moda. No se recatará Maragall de decir que contrariamente a los platónicos no andará buscando la belleza, sino la cosa bella, la persona honesta y pulcra. Ya no siente la comezón de los doctrinarismos, de los idealismos germánicos, sino que ante todo rendirá homenaje a las cosas bellas, a las instituciones ejemplares de su entorno, de su país, de su patria.

Claro está que acá y acullá, alguna vez afloraran locuciones y modos de decir que proceden de antiguas lecturas, pero ahora tienen ya una nueva valencia, se integran en un nuevo orden del todo cristiano. Aquella su brújula que antes, en plena juventud, siempre brujuleaba y variaba, ahora va ya encontrando su norte, su cuadrante de sosiego y paz, y se dirige hacia una estrella polar, en unos cielos serenos y despejados. De modo que en aquel hogar fue posible el alumbramiento de un nuevo Maragall, del auténticamente definitivo, que se diferenciaba sobre todo del anterior en que supo polarizarse, supo encontrarse



→ <sup>171</sup> duria", verdaderamente cristiana, enjuicio la obra de F. Nietzsche en el artículo que publicó en el Diario de Barcelona en ocasión de la muerte del filósofo alemán, del gran glorificador de lo vital:

"Nietzsche era un sediento de absoluto, un sediento de Dios; pero no quiso bajarse a beberlo en la fuente de la fe y murió de sed. Una gran potencia que había en su espíritu le hizo soberbio como no puede serlo un hombre: el límite de nuestra razón y de nuestros sentidos lo despreció, y quiso comprender lo incomprendible, lo que hay que presentir y adorar con humildad. No vio la altísima dignidad que encierra esa humildad humana que puede orar trémula y ansiosa en su presentimiento de lo eterno; negó todo lo que no comprendía e intentó crear un mundo a su imagen y semejanza. Un hombre que quiere hacerse Dios ¡tragedia terrible y grande!."

↓ En esa desesperada génesis de su mundo; cuántas imprecaciones, cuántos tormentos, cuántos gritos desgarradores, cuántas carcajadas aturdidoras, y cuánto esfuerzo!" (11)

de la fe entre las tinieblas de la noche. Nadie podrá negar que su amor goethiano o nietzscheano por la Naturaleza quedó sublimado en una expresión poética embebida de franciscanismo, muy cercana al ~~alma~~ alma del pueblo. Y con hábito franciscano quiso Maragall ser enterrado. La superación definitiva estaba ganada. El mismo poeta, al doblar los cincuenta años y cotejar su obra primeriza con la posterior, se da cuenta de ella y así ~~nos lo explica~~ humildemente nos lo explica: "En aquest moment acabo de rellegir l'escrit ~~vint-i-cinc~~ anys enrera i dono gracies a Déu que d'aquell jove tan decaigut moralment n'hagi volgut fer l'home que ara em sento...". "He estat home de sort, una pura criatura de la Providència Divina. Tot quant soc i tinc ho dec -però, directament, m'enteneu? no mitjançant cap esforç meu- al Pare que està en el cel i al que em donà aquí en la terra...". "Així em trobo a cinquanta anys, jo que no soc fort, amb una <sup>m</sup>sesació d'agilitat juvenil; jo, temperament egoista de somniador i solitari, fet cap d'una gran casal i amb reputació de patriarca; jo, de petit esperit i petit treball, considerat com un dels grans enteniments del meu temps i lloc; jo, que amb prous feines em sabia guanyar la vida per mi sol, respectat per home de posició social independent i desembrassada; jo, que em sento tantes ~~de~~ xacres i febleses morals, estimat un home pur i fort...". (12)



Desde ente centro, encrucijada de espiritualismo que resplandece en el auténtico Maragall hemos de registrar, aunque sea brevemente a guisa de comprobación, su variada producción poética o en prosa. Para valorar adecuadamente a Maragall como poeta hay que tener muy en cuenta el carácter contemplativo, estático, esteticista, a que propendía su alma; durante toda su vida Maragall estuvo inmerso en una especie de mundo luminoso y se encontró como suspenso y deslumbrado ante la maravilla de la naturaleza circundante. El medio ambiente panorámico de Barcelona, de las alturas de Sarriá, San Gervasio, sus viajes y excursiones tenían que incrementar más y más este sentimiento extático de Maragall ante la naturaleza. Es posible que en un principio hubo notoria influencia de Goethe, Nietzsche y de otros vitalistas en lo que concierne a este culto por la belleza natural y ~~de~~ la vida, pero no puede negarse que poco a poco y de un modo progresivo este sentimiento de Maragall se integró en un verdadero franciscanismo, en una poesía que puede considerarse hermana de la del himno al hermano Sol, del Serafín de Asis, y que si resplandece en su inspiración poética como un cierto misticismo, éste es cristiano. También los místicos cristianos, siguiendo el ejemplo del Sal-

10

mista, sienten toda la hermosura del Universo, tanto de las cosas excelsas y grandes como de las humildes y diminutas; diríamos que este sentimiento ~~es~~ exquisito de la naturaleza casi es común a todos los místicos cristianos: pensemos en nuestro Ramón Lull, en Fray Luis de León, en San Juan de la Cruz y otros. Y el secreto de ello es que muchos místicos, que estaban tocados de Dios sienten en la Naturaleza las trazas de este Dios. De aquí un nuevo valor, como una simbolología de trascendencia espiritual, que se advierte en algunas de estas poesías maragallianas. Buena parte de su producción poética se nos presenta como un calendario poético, como una secuencia desde Navidad a través de la Cuaresma hasta la alegría de la Pascua, <sup>del Corpus Christi:</sup> o bien ~~con~~ se nos ofrece como una pequeña geografía poética que se mueve desde las alturas del Pirineo y sus valles y ermitas, como la de Nuria, a través de los campos y comarcas de Cataluña hasta el mar latino. Es una poesía <sup>lírica</sup> completa y cándidamente sintonizada con su ambiente natural, humano y también cristiano. Está en los antípodas de aquella poesía naturalista, torturada y proclive a una tristeza patológica, como desesperada, mientras que en Maragall la llamada de esta Naturaleza ~~es~~ se resuelve siempre en una invitación a la serenidad y a la sana alegría. Pues bien, uno de los temas que más se repite en esta poesía maragalliana que canta a la Naturaleza es el tema de los almendros en flor; el poeta desde su casa residencial de San Gervasio y en sus excursiones ~~en~~ por las faldas del Tibidabo en las claras mañanas soleadas del Diciembre y Enero barceloneses, parece que espiaba la precoz y blanca eclosión de los ~~alno~~ almendros en flor, como si fuera una llamada a la alegría, una invitación a superar las tristezas del invierno, como si fuera una lección simbólica en la ascesis moral del hombre. No podemos sustraernos a transcribir <sup>la</sup> ~~esa~~ pequeña hoja del dietario poético de Maragall:

23 gener:

Avui, per la primera i dolça volta,  
m'ha sorprès la blancor dels ametllers  
treient el cap per sobre dels recers  
de l'hort blanc de les monges caputxines:  
semblaven esfereïts  
de sentir-se tan ~~florits~~ florits  
tots sols entre les boirines.

6 febrer:

Avui semblaven valents  
i semblava que cantaven  
afrontant a tots els vents  
i a les neus que els vents portaven.  
Sota les neus imminents  
cantaven de l'alegria  
d'haver florit <sup>in</sup>innocents  
abans de l'hora i del dia:

des del fons dels jorns vinents,  
plorant, la Primavera els beneia. (13)

Al plado de esta poesia que canta la Naturaleza hay poemas de envergadura casi filosofica, como: La Fi d'en Serrallonga, El Mal caçador y, sobre todo, El Comte Arnau, en los cuales si hay un cierto fondo nietzscheano en la figura luciferiana del héroe, también apunta un ansia de redención superadora logrado precisamente por la inocencia y la pureza de una joven doncella que reza por el alma del condenado. Aparte las poesías conubiales del propio autor, hay también poesías de circunstancias, escritas al margen de viajes o bien con un designio patriótico; recordemos: la Oda a España, la Oda nova a Barcelona y el Himne Ibèric, en donde vemos que el poeta ha sabido salir de su peculiar mundo poético para dirigirse <sup>a su patria</sup> con acentos proféticos, anclados en una espiritualista visión de la Historia. Junto a ellos podríamos también agrupar una serie de himnos y cantos patrióticos, algunos de <sup>los cuales</sup> ~~ellos~~ que han servido como letra de bellísimas sardanas, como: "Per tu ploro", "L'Empordà", "El cant de la Senyera"; en estos himnos y cantos admira el carácter musical que ha sabido comunicar el autor a su poesía, como preparándola ya para recibir la alta compañía de la música.

Pero nos corresponde hablar de tres poesías: L'oda infinita, Excelsior y el Cant espiritual, porque son poesías que tienen ~~como~~ una cierta afinidad de contenido y nos ofrecen ~~como~~ <sup>como</sup> las coordenadas poéticas, filosóficas y aun diríamos que religiosas del alma contemplativa y mística <sup>del autor</sup>. Todas ellas dicen relación ~~con~~ <sup>no sólo</sup> al misterio del enigma humano, de su supremo destino. Maragall ~~no fue~~ insensible a este problema, sino que toda su vida estuvo porfiadamente patallayado estos horizontes arcanos e infinitos. El mismo nos confiesa en L'oda infinita que la respuesta que dió a esta problemática no siempre fue la misma:

Va entonar-la ma infantesa  
entre ensomnis d'amor pur;  
decaiguda i mig malmesa,  
joventut me l'ha represa  
amb compàs molt més segur.  
  
De seguida amb veu més forta  
m'han sagut dictats nous cants....

Fijemonos que él mismo nos confiesa que esta oda de cara al infinito, la tuvo "decaiguda i mig malmesa" durante el periodo de su primera juventud, para luego reembarcarla con compàs mucho más seguro, y con voz mucho más plena le han sido dados nuevos cánticos. Toda su vida estuvo acuciada por este supremo interrogante, de nuestro infinito arcano, y sólo pide que si alguien, en el momento de

su muerte, tiene acertada respuesta y continuacion a esta su Oda infinita, que se lo comunique, de modo que de tal manera:

¡Sabré en lo que penses  
-oh poeta extasiat;-  
hi ha un ressó de les cadences  
del aucell d'ales immenses  
que nia en l'eternitat.

De modo que la Oda infinita del poeta ha de encontrar un eco, debe de ser como un trasunto de las cadencias celestiales. El designio y norte místico de la poesía es innegable.

En la poesia Excelsior estona un canto a la fidelidad a nuestro destino espiritual, de no abandonar jamás nuestro rumbo hacia las playas serenas del espíritu, huyendo de los bajos y de los horizontes mezquinos;

Gira, gira els ulls en l'aire,  
no miris les platges ruins...  
Sempre amb les veles suspeses,  
del cel al mar transparent.....  
  
oblida't de tot regrés:  
no s'acaba el teu viatge,  
no s'acabará mai més....

La intencionalidad, la valencia de ser nuestro destino cosa de la eternidad, que nuestra vida ha de soldarse adecuadamente y espiritualmente con ella, resulta evidente en la expresion del poeta.

Pero la gran poesia, la que es como el canto del cisne de nuestro poeta -la escribió casi presagiando su próximo fin-, la poesia que encierra como su testamento poetico, espiritual y religioso es su Cant espiritual. En ella el poeta, sintiéndose como en la linde de la otra vida, y estando tan enamorado de la belleza de nuestro escenario terrestre, pide a Dios que su vision de esta vida, que ofrece tan divinas trazas se eternice en la vision beatífica:

...Tot lo que veig se vos assembla en mi...  
deixeu-me creure, doncs, que sou aquí.  
I quan vinga aque lla hora de temença  
en que s'acluquin aquests ulls humans,  
obriu-me'n, Senyó, uns altres de més grans  
per contemplar la vostra faç immensa.  
Sia'm la mort una major maixença!

O sea, que nuestro poeta tambien expresa aqui su deséo, su suprema esperanza de una cierta razón de similitud, de continuidad perenne, entre esta vida, escenario de nuestra vida cristiana, y la vida celeste. Es curioso que este Cant espiritual, la suprema poesia de Maragall, ha sido valorado bastante diversamente, y algunos criticos han llegado a minimizarlo. Recordamos que cuando nuestro amigo Manuel de Montoliu empezó a publicar su Breviari Crític, dedicó un estudio al Cant espiri-



tual, y <sup>en él</sup> venía a deplorar esta limitación del horizonte espiritual maragalliano, al circunscribirse a los términos de nuestro mundo actual. También Gaziél en su recordado prólogo a la biografía de Maragall escrita por J. M<sup>a</sup> Corredor (14), en el cual tiende, según ya vimos, a dar una interpretación determinista, ~~asaz~~ aburguesada y conservadora, de la obra de nuestro autor, no duda en <sup>preguntar que</sup> ~~escribir~~ si Maragall hubiese encontrado otras modalidades del Destino - este es el valor de la expresión "ángel bueno" que, a veces, emplea Gaziél - ¿cuál habría sido el timbre de la voz del poeta que escribió el Cant espiritual, porque encontraba tan bello y perfecto este mundo, que le sabía mal tener que dejarlo, no pudiendo comprender que fuera posible un mundo mejor?. Estimamos que ambas valoraciones minimizantes del Cant espiritual - sobre todo la de Gaziél - no son justas ni han entrado en toda la médula del mismo. <sup>al</sup> al decir esto no postulamos en favor de una visión más o menos sensorial del mundo y de la vida, pues bien recordamos las palabras de San Juan de la Cruz, que vale más un sentimiento, un afecto humano que todo el mundo material, y por otra parte, nuestra frecuentación de la Biblia, suprema consigna espiritual humana, nos dejaría vacilar al matizar esta valoración.

Desde luego es innegable que en el Cant espiritual está todo Maragall, con todos sus amores, sus deseos y esperanzas, con toda su problemática espiritual. Pero también está con su especial fórmula, de valencia casi mística, ~~de~~ la específica e insoslayable continuidad que ha de haber entre esta <sup>terrena</sup> vida y la celeste. Pero, entendámonos. Esta vida <sup>terrena</sup> es absolutamente la vida cristiana; es una vida que descubre en este mundo las trazas de Dios, como se estilaba entre los místicos cristianos, es una vida que está embebida de la pureza y de la paz de Dios. *Transcritos y subrayados:*

Si el món ja es tan formós, Senyor, si es mira  
 amb la pau vostra a dintre de l'ull nostre....

...Deu-me en aquests sentits l'eterna pau  
 i no voldré més cel que aquest cel blau.

O sea, que en la exultación afectiva de este mundo no hemos de ver sólo la exultación del escenario alegre, luminoso, mediterráneo, que se puede contemplar más o menos burguesamente desde San Gervasio y Vallvidrera, sino un escenario mucho más ~~mas~~ alto, profundo y trascendente, un escenario terrestre en el que se descubren las trazas de lo eterno y de lo celeste, en el cual se puede detectar la <sup>paz</sup> ~~tra~~, la pureza, una cierta semejanza con el ser de Dios. Además, si el hombre está conformado, sintonizado con este mundo, en el cual, sin embargo, detecta altos y divinos ecos, si esta tierra, temporal, es nuestra patria ¿no habría modo de que <sup>ella</sup> se levantara, se conjugara con la patria celestial?

...aquesta terra, amb tot lo que s'hi cria,  
 es ma patria, Senyor: i no podria  
 ésser també ma patria celestial?

Con estos sentidos hemos empezado a admirar a Dios en sus obras, ¿no podríamos también

bien con los mismos sentidos — "¿per que acluca'ls cercant un altre com?" — querer y ad  
 adorar a Dios eternamente? El problema cobra ya una gran envergadura, no sólo filosó  
 fica o estética sino incluso teológica, y se roza <sup>con la problemática</sup> del dogma de la resurrección  
 de la carne. Maragall ha sabido ofrecernos en su Cant espiritual todo su testa-  
 mento poético, estético y espiritual, con sus nobilísimas ansias indelebles a lo lar-  
 go de su vida — en pro de una inquebrantable unidad en nuestra vida perenne.



Al lado del Maragall, poeta profundo, filosófico y también, a veces, popu-  
 lar, hay otro Maragall, el articulista, el crítico, autor de varios centenares de artí-  
 culos, el autor de los Elogios, el escritor bilingüe cuya prosa catalana descollaba  
 por su pureza, nitidez, por su elegancia interna. En general, eran los artículos que Mar-  
 ragall publicaba en las páginas del Diario de Barcelona, sobre los temas más variados:  
 literarios, históricos, sociales, y aún políticos. Algunos de sus Elogios fueron el te-  
 ma de Discursos en solemnidades académicas como el Elogio de la palabra, que fue su  
 Discurso inaugural de curso en el Ateneo Barcelonés, siendo Maragall su presidente.  
 Sobre unos y otros, artículos o Elogios, tocando Maragall los temas más variados, siem-  
 pre resplandece el mismo designio de alteza de miras, de pureza de intención, de un  
 afán de cordial comprensión, precisamente en medio de una España, crispada de ner-  
 vios, trucidada por una despiadada lucha interna de partidos, de sectas, de fraternías  
 y capillitas. Porque, en verdad, Maragall fue una rara avis en su tiempo. Por doquiera  
 pululaban en el horizonte español escritores tocados del naturalismo positivista  
 de fin de siglo, que se complacían en bucear, exagerando, las chacras del ser humano, o  
 bien brillaban, con pretensiones de catequesis, santones y pseudomísticos heterodo-  
 xos, o escritores de grandes condiciones pero a quienes maleaba un egolatrismo ener-  
 guménico. En aquel desconcierto general la voz de Maragall fue siempre una apela-  
 ción a lo más noble, a lo más puro que anida en nuestra alma. Pero queremos  
 ceder la palabra a un gran escritor, a Miguel de los S. Oliver, quien pologó con pala-  
 bras de oro, los volúmenes de "Artículos" de Maragall (15): "Su retina parecía adies-  
 trada expresamente para descubrir la perfección, la partícula de oro, la perla, aun  
 perdida en el muladar; y, lejos de todo panfilismo bobalicón, sin abdicaciones de  
 criterio que le llevaran a desfigurar la realidad so pretexto de embellecerla, sa-  
 bía poner a plena luz el residuo de pureza que puede obtenerse hasta de lo más ab-  
 yecto e impuro". "Maragall no se olvida un instante del misterio, de ese misterio de  
 gloria con que le envuelve la creación; y juzga que la existencia y cada acto de  
 ella desde el más insignificante al más trascendental, son una cosa sagrada. Diría-  
 se que vive de continuo en la ilusión de ser el primer hombre, y que recién salido  
 de la prístina confusión del caos, ve destacarse y perfilarse las cosas por pri-  
 mera vez y encenderse en el cielo los primeros ~~luminares~~ luminares de la noche y

teñirse el oriente con las rosadas transparencias de la primera aurora....  
 Y este sagrado pasmo del primer día, se prolonga en él a todos los días y a todas las horas y se hace un deber de sentirlo a cada instante, con mayor deseo de adoración y con más escrúpulo de caer en la profanación o en el sacrilegio".

Dada esta posición, como sagrada y religiosa, con la que actuaba y escribía siempre nuestro Maragall, en juiciando hombre y cosas desde una altura cenital y como sub specie aeternitatis, creemos que tiene razón el crítico mencionado Miguel de los Santos Oliver al decir que el Elogio de la palabra así como el Elogio de la poesía tienen una trascendencia tanto estética como ética y que sería desnaturalizar dichos Elogios el tratar de encajarlos exclusivamente en una clasificación de doctrinas retóricas, pues hay que ver en ellos antes que todo y por encima de todo una ética, una doctrina moral, una norma de conducta. Precisamente, su artículo sobre "La palabra viva—que también puede considerarse como uno de sus Elogios— nos da la clave tanto de toda su obra como de su existencia: ".la palabra viva es para Maragall la única vestidura adecuada a la pureza de espíritu..... esta pureza y la palabra viva se corresponden como si una y otra estuvieran en relación de causa y efecto, o de materia y forma, o de contenido y expresión, y fuesen dos momentos inseparables de una misma operación del alma. En tal concepto el arte vuelve a caer en la esfera de lo moral; mas no por su tendencia objetiva, ni por una vulgar finalidad docente a guisa de fábula de Esopo; sino por algo más hondo y augusto, ya que, según esta interpretación, la moralidad reside en la misma raíz y en el origen primero de la operación milagrosa del arte: en aquel toque de la gracia o participación divina que supone todo momento poético inconfundible y verdadero". [Con este toque de gracia y "estado poético" habló siempre Maragall tanto en sus poesías como en sus escritos en prosa, los cuales no fueron jamás prosaicos ni fríos sino tocados siempre de la cordialidad y del sentido de superación más puros. Y a esta alta exigencia e inspiración de sus artículos corresponde la nobleza, la dignidad y elegancia formales de los mismos: era como un diálogo emotivo que saltaba directamente de un alma a otra, apelando siempre a la propia substancia de las cosas, a sus propias valencias humanísticas, sin hacer gala de silogismos ni de frías argumentaciones sino más bien apelando reclamando una lógica más cordial y una capacidad de simpatía, que se ordenaba naturalmente dentro de aquel afán irrenunciable de superación. De este modo, a lo largo de sus artículos, que pueden versar sobre las cosas más altas y las más vulgares

del vivir cotidiano, se percibe siempre un oreo de alto humanismo y como un pálpito de eternidad. En lo que Maragall no transigió nunca, tanto en poesía como en sus artículos en prosa, fue en el retoricismo amanerado, en el acicalamiento, que venían a ser como una traición a la palabra viva. Además, hay que subrayar, con Miguel de los Santos Oliver, que Maragall no ~~habló~~<sup>aduló</sup> jamás ni a su pueblo ni a su público, lo cual equivale a decir que no los traicionó. Esta íntima lealtad provenía también de su ética literaria, del respeto religioso por él concedido a la palabra y al pensamiento. Escribiendo en un periódico conservador, oráculo de las clases adineradas de Barcelona, se esforzó tanto como pudo en combatir el materialismo y la concupiscencia de los bienes terrenales. Hablando en medio de una metrópoli esencialmente industrial, no disimuló su desdén hacia el progreso puramente exterior y mecánico, mientras no refluya sobre el alma del pueblo y sobre la nobleza de su vivir.

Y, para terminar, desearíamos responder a la pregunta que quizá formule el lector: ¿De dónde le vino a Maragall esta alteza de inspiración, esta tau-matúrgica capacidad de percibir lo bueno y lo noble, ~~ignoto~~<sup>se</sup>, a tantos hombres, esta virtud evangélica de no herir jamás a las personas, de saber producirse siempre ~~amable~~ amablemente y comprensivamente, y aun convivir en cordial amistad con autores de los que le ~~separaba~~ separaba profundamente su ideología? Ya sabemos que en su primera juventud Maragall no era así, y que su alma llegaba, a veces, al crispamiento y su pluma no retrocedía ante el empleo de palabras innobles y raheces. En verdad, creemos que esta rara capacidad de superación espiritual en Maragall, siempre al servicio de un alto ideal humano, pudo precisamente serle posible, porque empezó por superarse a sí mismo. ~~lo más difícil que hay en la vida~~, supo superar las taras que había en aquel joven intelectual de su primera época y supo corresponder con ~~estrema~~<sup>nua</sup> mansedumbre a los toques de lo alto.

*José M. Lilla's Vallierosa*

Para el P. Miguel d' Espinosa, O. M. C., tan admirador de Maragall, estas cualidades eran las más senceras y específicas en ~~Maragall~~<sup>nuestro autor</sup> (17)

*Recomendamos al lector la última edición de las  
Obres completes de J. Maragall por Editorial Selecta. Barcelona, 1957 y  
1960.*

- 1) Epistolari I. Vol. IV de Obres completes de Joan Maragall. Barcelona, 1930.
- 2) Obres completes, edic. Gustavo Gili, Barcelona, 1917 Vol. I de Escrits en prosa.
- 3) Como dice C. Soldevila en el prólogo al vol. I del epistolari de Maragall, es probable que las confesiones personales que nos hace Maragall en sus cartas tengan más de poseque de vivencias definitivamente auténticas, pero en todo caso ellas nos revelan ciertas proclividades de su alma juvenil. En cambio, Gaziell en el Prólogo a la biografía de Joan Maragall por José M<sup>a</sup> Corredor (Premio de Biografía catalana Aedos), Barcelona, 1960, reiterando puntos de vista expresados en el Prólogo a vol. X "El derecho de hablar" de les Obres completes de Maragall, Barcelona, 1931, da una interpretación asaz determinista del quehacer literario y moral de Maragall, el cual dependería únicamente del destino o de la coyuntura histórica, sin dar pie a valorar una labor interna de superación. Pretender sostener que el destino o el "angel bueno" hubieran guardado a Maragall respecto de malas influencias, desde la cuna al sepulcro, es pretender ignorar los hechos tales como se plantean / hoy día, después de la publicación del Epistolario maragalliano; el propio Gaziell se ve obligado a reconocer, dentro de candor, la pureza de intención y altera de miras de Maragall, una solera volcánica o fáustica, una verdadera sombra del Com-  
*(luciferiana)*  
te Arnau, dualismo moral que habría podido invitarle a no eliminar una solución de superación moral. Ciertamente hubo una coyuntura favorable, pero también *hubo un freno*
- 4) Maragall ejerció la abogacía hasta que la muerte de su padre, con la subsiguiente hemia, le facilitó medios para independizarse de las obligaciones del despacho de abogado.
- 5) Epistolari I, pag. 43.
- 6) Epistolari I, pg. 40
- 7) Ibid., pag. 62
- 8) Ibid., pag. 65
- 9) C. Soldevila en su citado Prólogo al vol. I del Epistolari de Maragall, pag. 20, resume magnificamente, con palabras propias de Maragall, el hecho innegable de la ascesis superadora de nuestro autor: "Resulta evidente que Joan Maragall va complir com pocs aquells llei que ell mateix enuncia en una de les seves cartes i que tal vegada resumeix l'únic dogma d'un temperament exaltadament antidogmàtic: "Tots tenim una feina essencial i igualment importantíssima en aquest món: la indefinida elevació i depuració del nostre esperit".
- 10) Epistolari I, pag. 76
- 11) Vol. X de Obres completes, pg. 101
- 12) Cf. el citado prólogo de C. Soldevila, pag. 16.
- 13) Poesies, vol. I de Obres completes, pag. 124
- 14) Pg. X.
- 15) En la edición de Barcelona, 1912, y luego inserto como Prólogo a los Elogios, en la edición de Barcelona, 1929.
- 16) M. de los S. Oliver, ibid.
- 17) Cf. en especial el artículo "Sobre Joan Maragall" publicado en El Matí, en 16 diciembre de 1933

*Luis M. Núñez Vallero*

de contención y un afán de superación ~~moral~~ espiritual, sobre todo en  
la segunda parte de su vida.